

COMITÉ HISPANO-INGLÉS

## MONEY AND MANKIND

CONFERENCIA, EN INGLÉS,

DE

H. G. WELLS

**H**ERBERT George Wells, B. Sc. Londres; nació en Bromley, condado de Kent, el 21 de Septiembre de 1866.

Empezó su educación en un colegio particular de su pueblo natal, siguiendo más tarde sus estudios en la Midhurst Grammar School y, finalmente, en el Royal College of Science.

Publicaciones: "Select conversations with an Uncle", 1895; "The time machine", 1895; "The Stolen Bacillus and other stories", 1895; "The Wonderful Visit", 1895; "The Island of Doctor Moreau", 1896; "The Wheels of Chance", 1896; "The Plattner Story and others", 1897; "Certain Personal Matters", (essays)" 1897; "The Invisible Man", 1897; "The War of the Worlds", 1898; "When the Sleeper Wakes", 1899; "a revised edition of this under the title of "The Sleeper Awakes", 1911; "Tales of Space and Time", 1899; "Love and Mr. Lewisham", 1900; "The First Man in the Moon", 1901; "Anticipations", 1901; "The Discovery of the Future" (lecture to the Royal Institution reprinted as pamphlet), 1902; "The Sea Lady", 1902; "Mankind in the Making", 1903; "Twelve Stories and a Dream", 1903; "The Food of the Gods", 1904; "A Modern Utopia", 1905; "Kipps", 1905; "In the Days of the Comet", 1906; "The Future in America", 1906; "This Misery of Boots", 1907; "New Worlds for Old", 1908; "First and Last Thing, a confession of faith", 1908; "The War in the Air", 1908; "Tono Bungay", 1909; "Ann Veronica", 1909; "The History of Mr. Polly", 1910; "The New Machiavelli", 1911; "Floor Games for Children", 1911; "Marriage", 1912; "Little Wars", 1913; "The Passionate Friends", 1913; "The Wife of Sir Isaac Harman", 1914; "An Englishman looks at the World", 1914; "The World Set Free", 1914; "The War that will end War", 1914; "The Peace of the World", 1915; "Boon" (bajo el seudónimo de Reginald Bliss), 1915; "Bealby", 1915; "The Research Magnificent", 1915; "What is Coming?", 1916; "The Elements of Reconstruction", 1916; "War and the Future"; "God, the Invisible King"; "The Soul of a Bishop", 1917; "In the Fourth Year" (League of Nations); "Joan and Peter", 1918; "The Undying Fire", 1919; "The Outline of History", 1920; "Russia in the Shadows", 1920; "The Salvaging of Civilization", 1921; "The Secret Places of the Heart", "Washington and the Hope of Peace"; "A Short History of the World", 1922; "Men like Gods", 1923; "The Story of a Great Schoolmaster (F. W. Sanderson)", "The Dream", 1924; "Mr. Belloc Objects to the Outline of History", 1926; "The World of William Clissold", 1926; "Democracy under Revision", 1927; "Meanwhile", 1927; "The Book of Catherine Wells", 1928; "The Way the World is Going", 1928; "The Open Conspiracy", 1928; "Mr. Blettsworthy on Rampire Island", 1928; "Common Sense of World Peace", 1929; "The Science of Life", 1929; "The King who was a King", 1929; "The Autocracy of Mr. Parham", 1930; "The Work, Wealth and Happiness of Mankind", 1932.

EL JUEVES 19 DE MAYO DE 1932

A LAS SIETE DE LA TARDE

EN EL TEATRO ESPAÑOL



# M O N E Y      A N D      M A N K I N D

(A CONTINUACION SE INSERTAN ALGUNOS TROZOS DE LA CONFERENCIA)

HACE ya tiempo tenía la intención de visitar España bajo la República, cuando recibí la invitación, muy halagadora, de este distinguido Comité. Coincidió de manera muy grata con mis deseos, por ofrecermela posibilidad de hablar y cambiar impresiones con un típico grupo de personas de mente activa, como difícilmente encontraría en viaje de mero turismo. Arreglé, pues, mis papeles y salí muy contento en mi coche con rumbo hacia España.

No hablaré de los impresionantes paisajes que he visto, pues vuestra Asociación es literaria y no turística y la hospitalidad que me ofrecéis, se dirige no al forastero ingenuo, sino al literato inglés. Aunque no sé si tengo derecho a ese título; ya que un grupo de críticos jóvenes de Inglaterra me lo niega, y debo confesar que no se me pueden atribuir ni poesías, ni obras teatrales, ni libros de fina crítica.

Soy una de las personas que fueron profundamente removidas por la Gran Guerra. Tengo la sensación de un continuo despertar, de estar descubriendo cosas desde aquella impresión tan tremenda que recibí en agosto de 1914. Ya antes, tenía la sensación de que se preparaba algo nuevo, pero mi presentimiento del cambio adquirió vía intensa bajo la viva luz que arrojó aquella catástrofe con sus desoladoras consecuencias. A raíz de aquel acontecimiento me desvié de la literatura imaginativa, tomando una nueva dirección. Esta guerra, decía yo, es el primer avance de una profunda revolución de la vida humana. Las cosas que ocurren en nuestro alrededor, son estupendas y confusas. Lo que necesitamos, ante todo, en esta tempestad de acontecimientos, es darnos cuenta de lo que efectivamente está pasando. Lo dije en 1917, y lo sigo diciendo. Desde entonces dedico la mayor parte de mis esfuerzos a presentar al vulgo culto una descripción sencilla aunque completa de lo que es y de lo que está ocurriendo, para que sirva a los que tienen que vivir en esta época de violentos cambios. Procuro resumir y simplificar las cosas, para que se vean en su conjunto.

Les habrán dicho que tengo pretensiones de historiador. Pues, no es cierto; no las tengo. Lo que sí he tratado de hacer es agrupar los datos elementales que los hombres de ciencia me proporcionan sobre la historia humana, y reunirlos en un *Esquema* que pueda entender una persona de inteligencia normal. Aunque no pertenezco a la grey de historiadores, sigo con curiosidad de coleccionista sus trabajos, y trato de señalar la dirección que van tomando. De modo análogo he procurado hacer un resumen de lo que el hombre sabe de la vida.

Mi papel siempre ha sido el de compendiador, y de un vulgarizador, que procura extraer la sustancia de los hechos, relacionándolos y presentándolos en forma sencilla.

En mi opinión, esta vulgarización es una de las necesidades más urgentes de nuestra época — se puede decir la más apremiante—. No creo que el

mundo pueda vencer sus dificultades actuales si no se propagan estas ideas generales. Sirvan estas observaciones a modo de prólogo.

Esta tarde me propongo disertar sobre un determinado aspecto de la vida social y económica. Voy a exponer los datos esenciales de la historia y del funcionamiento del dinero.

Vivimos en una época de grandes apremios, que nos han cogido desprovistos. Y ninguna cuestión es tan urgente en estos momentos como la monetaria, que en opinión de las personas clarividentes, va dejando relegados a lugar secundario todos los demás problemas políticos y sociales.

Hubo en la civilización humana una larga fase en que se carecía de toda moneda. Hace cuatro mil años existían ya varias sociedades muy civilizadas, con artes y comercio florecientes, con muchas comodidades y prosperidad material. Tan acostumbrados estamos a realizar nuestros asuntos mediante pagos en dinero, que nos cuesta un esfuerzo imaginativo figurarnos aquellas condiciones primitivas sin moneda. La mano de obra era de esclavos o siervos y se pagaba en subsistencias; el comercio se hacía trocando un producto por otro, y es probable que el hombre haya pasado mucho tiempo echando mano de sus dijes metálicos para fines de compra, antes de comprender la conveniencia de las piecetas de metal de determinado peso y dimensiones.

¿Qué efectos produjo el dinero acuñado? Introdujo en las relaciones humanas otra forma de riqueza de características muy nuevas y suyas. Antes, la riqueza consistía en bienes inmuebles, y también muebles, pero siempre visibles y a la luz del sol: esclavos, reses, enseres, avíos, etc. No se la podía esconder. No era fácil trasladarla de un sitio a otro ni invertirla en negocios, sino que estaba siempre al alcance y bajo la intervención de un gobernante fuerte.

En cambio, en su nueva forma, la riqueza era relativamente portátil, fácil de ocultar y sobre todo de negociar. Su adquisición no era como la de tierras o ganado, ni siquiera como la de una piedra preciosa. El dinero confería a su poseedor un dominio sobre los hombres y las cosas, libertad de elegir entre mil artículos, y estas facultades podían quedar ocultas hasta el momento oportuno para ejercerlas. El economista diría que con el dinero se ensanchó el poder de compra.

Otra idea, que también iba extendiéndose entre los hombres, pronto se asoció al dinero: el arte de escribir. La escritura contribuyó mucho al efecto que tuvo el dinero en hacer la vida del hombre más suelta y libre.

Si alguna crítica se me ocurre del método de los historiógrafos, es esta: Que, al analizar las causas de los fenómenos, no emplean lo bastante el método comparativo. Porque, si se compara el desarrollo del imperio romano con el de los imperios anteriores



de Mesopotamia, el Nilo y el Oriente más lejano, se verá en seguida la enorme diferencia entre la vida de éstos y de aquél por existir ya el dinero. Y no es una mera diferencia de grado, sino primordial. Hablando en términos zoológicos, el imperio romano perteneció a un tipo distinto en su estructura y su ser a otra clase de imperio. Mayor y más suelto de cuerpo, estuvo mucho más centralizado en la cabeza. Sus impuestos, los recaudaba en dinero y no en esclavos o productos.

Con el derrumbamiento político y los disturbios de los siglos V, VI y siguientes de nuestra era, se deshizo por completo el sistema monetario y crediticio del mundo romano. La Alta Edad Media fué una época de desorden, tanto en el aspecto económico como en el social y el político. La población ha debido disminuir enormemente... Con el tiempo, resurgió el dinero y, basado en él, el tráfico; el hombre pudo mejorar y ensanchar su vida, y en los siglos X y XI volvieron el orden y la energía.

La nueva civilización monetaria no estuvo centralizada políticamente como lo había estado la romana, pero poco a poco se restablecieron las antiguas o análogas condiciones en cuanto a la propiedad. La gente nuevamente tomaba y daba préstamos, y se vendían tierras y privilegios por dinero.

Luego, en los siglos XV, XVI y XVII, vino, como ustedes saben, ese ensache tan tremendo, esa expansión de la actividad humana. Eran los albores de nuestra Edad Moderna y de agitado progreso. No voy a detallar aquí todas las fuerzas convergentes que produjeron el libro de imprenta, que libertaron la mente inquisitiva, y lanzaron a los exploradores europeos en sus viajes de navegación alrededor del mundo. Pero—y este es el punto que deseo subrayar—en seguida vino una abundancia de metales preciosos a confirmar y aumentar el valor de las nuevas conquistas de la civilización. Sin que nadie lo haya planeado ni previsto ni haya comprendido siquiera los resultados que iban a surgir, de repente se derramó nuevo oro y nueva plata, especialmente ésta, sobre Europa. Fué como la transfusión de sangre sana en un cuerpo anémico. Hubo en seguida dinero para liquidar las deudas, para emprender nuevas obras y lanzar grandes expediciones; hubo medios de pagar a la gente y darles trabajo, para que a su vez pudiera aumentar la circulación. Había abundancia de plata, y a medida que se gastaba venían nuevas y cada vez mayores cantidades. Fué obra de España principalmente. La historia de España durante dos siglos es la historia de la plata.

Nuestras dos naciones, la de la Península española primero y más tarde la Gran Bretaña, reaccionaron más que otras naciones a este torrente estimulador. Cuando dejemos de enseñar la historia como charla anecdótica de reyes y personas análogas y penetremos en las realidades materiales que forman el cauce en que fluye, España e Inglaterra ya no figurarán como antagonistas—con ese cuento tan latoso de la Armada y la tempestad—sino como las dos naciones que fueron las primeras en ser elevadas, unas tras otra, por el accidente de esta nueva abundancia de dinero, y lanzadas a una expansión material como no lo ha conocido ningún otro pueblo. Desbordaron todos sus límites. Considérese la

América de hoy día, que forma sólo una parte de aquella inmensa expansión. Compárese en extensión y fuerza materiales la España del siglo XV, que apenas si logró conquistar Granada, con el imperio mundial de Carlos Quinto; o la pequeña Inglaterra del tiempo de Colón con el mundo de habla inglesa de hoy día. Las nuevas fuerzas de expansión influyeron finalmente en todos los países, pero se hicieron sentir primero en los del Atlántico.

Fué la plata española la primera que anduvo por el mundo, renovando y ensanchando la vida del hombre... Aquel predominio duró hasta fines del siglo XVIII. Cuando, al separarse los Estados Unidos de América del Norte, eligieron un nuevo sistema monetario, desecharon la moneda inglesa, dando preferencia al peso o dólar español por ser de uso más extendido. Y sólo al descubrirse las extraordinarias riquezas de oro en los países de habla inglesa, y principalmente en Australia, California y Africa del Sur, perdió el dólar su importancia monetaria ante el auge de la libra de oro, es decir la libra esterlina, como la conocimos hasta 1914. Esta circunstancia, con el concurso, claro está, de varias otras, cambió la base de los asuntos mundiales, de la plata al oro.

Entre tanto, con la ayuda del papel, nuestro sistema mercantil iba transformándose del método antiguo en que todos los pagos se hacían en metálico contante y sonante, al nuevo sistema en el que cambia de manos solamente el papel, representativo de cierta cantidad de oro y plata—y últimamente sólo de oro—que se supone depositado en algún centro. El dinero fiduciario se retrasó, por así decir, quedándose en las arcas de la Tesorería y dejando que el papel impreso hiciera la mayor parte de su trabajo. Esta transformación ha ido ya muy lejos. Hoy día se puede atravesar Francia de un extremo a otro y no se verá un solo pago que no se efectúe en papel o en moneda divisional que casi carece de valor intrínseco. Y es característico del hombre que, a pesar de estar continuamente cambiando el fondo de las cosas, se figure que han de seguir funcionando en la misma forma que antes.

Y no es únicamente que el dinero haya cambiado de carácter, pasando de monedas de valor intrínseco al papel y haciendo la vida económica cada vez más distinta de cualquier anterior que haya seguido nuestra especie. Desde el siglo XVII, venimos cambiando también la índole de la propiedad. Hemos desarrollado un sistema de empresas anónimas y de posesión por acciones y participaciones, que hace que la propiedad sea cosa muy distinta de lo que era, por ejemplo, en los últimos siglos de la Edad Media. En otros tiempos, sólo se podían poseer los bienes que estuvieran cerca y bajo la intervención inmediata del propietario.

Así llegamos al año 1914, punto de parada en este breve resumen de la historia monetaria. Sin que el hombre lo sospechara, vemos que su vida económica se ha transformado, haciéndose de varias economías distintas una sola mundial. Pero, no se ha hecho el correspondiente ajuste en el orden político ni se ha cambiado nuestro sistema de enseñanza, para que nos hagamos políticamente ciudadanos del mundo.



Y si la Guerra fué un desastre, los Tratados de Paz fueron un error craso, que aun perdura, porque seguimos sufriendo las consecuencias de aquel mal arreglo. Ahora para todos es evidente que la misión principal de la Conferencia de Versalles era la de hacer una limpieza general, quitando los escombros del antiguo régimen nacionalista e imperialista y reconociendo, mediante nuevos ajustes políticos, la realidad de que el mundo en los aspectos económicos, financiero y monetario ha llegado a ser una sola entidad. Es fácil juzgar *a posteriori* y señalar ahora los errores de entonces; creo, sin embargo, que hoy día podemos condenar aquellos convenios sin que nuestra condenación constituya una injusticia para sus autores, porque ahora se ve tan claramente, como no se vió en aquella fecha, que lo que hacía falta era unificar el mundo, cuando ellos, al contrario, lo desmenuzaron más, poniéndole mayor número de remiendos del que ya tenía.

No estudiaré en detalle los esfuerzos hechos, principalmente por Inglaterra, para volver al ídolo del patrón oro, que antes de 1914 funcionó prácticamente como sistema monetario mundial. Teniendo ante la vista la historia de veinticinco siglos, que dice tan claramente que el peligro fundamental inherente en todo sistema monetario es el de gravamen y entorpecimiento por las deudas, los vencedores en Versalles se impusieron unas cargas inmensas entre sí y aplastantes en los vencidos. El peso de estas cargas hubiera sido insoportable de todos modos, pero lo fué mucho más cuando los Estados Unidos y Francia se pusieron a retirar el dinero de la circulación. La «City» de Londres no pudo recobrar su antigua hegemonía como centro financiero del mundo. Los precios bajaron y el dinero se enrareció. Cada vez resultó más difícil tanto la liquidación de las deudas como la obtención de nuevos capitales para ensanchar las empresas y seguir produciendo. Esta es la situación en que nos encontramos hoy en día. Llegados a este punto, la Musa de la Historia se retira, dejándonos planteado este problema.

¿Cómo se ha de resolver? Deseamos restablecer las condiciones en que el dinero va aumentando, para que haya mayor cantidad en circulación y podamos liquidar nuestras deudas, extender nuestras iniciativas productoras, dar trabajo a los parados y llegar a tener mayor actividad, riqueza y felicidad. Deseamos continuar esta Segunda Epoca monetaria hasta alcanzar la seguridad de una abundancia mundial. Todo esto es, desde luego, posible.

Sólo que nos parece que no lo podemos conseguir; porque actualmente no se puede establecer una intervención mundial del dinero en circulación. Cada uno de los Gobiernos soberanos, dentro de sus límites nacionales, dispone, a su antojo, en materia monetaria. Vivimos en un régimen económico que abarca el mundo entero, y sin embargo no existen medios para tener en circulación una moneda mundial.

Se habla mucho del daño que producen en Europa las nuevas y cada vez más altas barreras aduaneras, sin tener en cuenta que éstas se deben en gran parte al intento—acaso algo torpe—de compensar los movimientos convulsivos del intercambio originados por las fluctuaciones monetarias. Ambos

fenómenos son aspectos de una misma cosa: la imposibilidad de proseguir con nuestra civilización actual que se ha hecho cosmopolita, mediante un sistema de mandos, puramente nacionales.

Es evidente a todos los que tengan ojos para ver, que la civilización en que nacimos esperanzados, se está hundiendo, y rápidamente. No creáis en esa absurda doctrina de la revolución social que lo ha de salvar todo. No se vislumbra revolución alguna que pueda salvarla. Este régimen en que vivimos, se ha de salvar por sí mismo o perecer. Actualmente nuestra civilización está hundiéndose. No os forjéis ilusiones sobre ello. Tomemos el caso de Inglaterra, que según la frase optimista de algunos necios «está salvando la tempestad»; desde la Guerra, la delincuencia en Inglaterra ha aumentado en más del 100 por ciento, y el paro forzoso en un 400 por ciento, mientras que el presupuesto de gastos para la instrucción y la investigación científica ha disminuído. Todo esto indica un rápido descenso de la civilización. En Alemania y Europa Central el proceso disolvente ha ido mucho más lejos. Los Estados Unidos, por primera vez en su historia, se ven frente a masas de hombres hambrientos.

Nada de esto era inevitable, ni tiene por qué continuar. Bastaría con que los principales países del mundo diesen de lado sus disputas políticas y se compenetrasen sobre la cuestión monetaria, tan sencilla de por sí, con lo que podría detenerse la descomposición. No pretenderé que todos los males que actualmente sufre el mundo, puedan aliviarse con este solo remedio; pero repito que se trata de lo más urgente, y si nuestra civilización pudiera ponerse de acuerdo sobre este punto, cabría esperar que se evitasen otros peligros menos inminentes, aunque también muy graves.

Y por ello me parece de la mejor oportunidad la ocasión que me brindan de exponer estas ideas en Madrid, ante entendimientos selectos de España, en esta nueva República. Siento sólo no haber podido expresarlas en castellano. El pensamiento español ha desempeñado siempre un papel netamente varonil y vigorizador en la cultura europea; pero no entraré en consideraciones sobre el valor de las que fueron iniciativas españolas en el pasado: las que me interesan, son las de la España de hoy y del mañana. Pero ¿con qué criterio mira la moderna intelectualidad española este problema universal del dinero? ¿Qué parte va a tomar el mundo de habla española en el conflicto que se plantea a nuestra Segunda Civilización?

(Y no debe olvidarse que fué España la que trajo la Plata a Europa e inició el nuevo movimiento.)

Y cuando pienso en la necesidad de que se propague por doquier la idea exacta de lo que representa el dinero, de lo que debe hacerse y de lo apremiante que es adscribir a esta obra grandes masas de la población del mundo, salta a mi mente el alcance que podría tener el tema del sostenimiento monetario, si la campaña se hiciera sólo en dos idiomas: el castellano y el inglés.

En fin, o bien estamos pasando la primera fase de un derrumbamiento mucho más imponente que el de Roma, o bien estamos frente a un esfuerzo heroico de salvación mediante la adopción, por el mundo entero, de un solo régimen económico y la abertura de una nueva era de abundancia y plenitud vital, como el hombre no conoció jamás.